

sin linterna; el gobierno ha gastado mucho dinero, pero ha conseguido su intento: Rayon dice que lo atacemos por Cópore, donde manifestará resistencia, pero que elevará los tiros ácia lo alto para que no nos ofendan: que se ha valido de este arbitrio porque sus compañeros no entiendan su plan, y así el campo es nuestro, vamos á la victoria. „De tal artimaña se valió Iturbide para alentar á aquellos miserables, que no conociendo la tela que les habia urdido, se alamparon á recibir la muerte, engaño sobre que despues le reconvinieron con amargura los oficiales del batallon de Zamora. No le acompañaba seguramente la tropa que habia pedido á Llano en el oficio que hemos copiado, sino tal vez doble número para asegurar el éxito, y sobre que no dudaron, pues el comandante D. Matias Martin de Aguirre se situó por el costado de *Pucuario*, llamado los *Camalotes*, que es la retaguardia del campo para quitar á los americanos hasta la esperanza de retirarse, en lo que les hizo un gran favor, pues los empeñó á pelear desesperadamente.

Dada la señal de ataque, correspondió á ella el campo de Llano que estaba al frente de la plaza. Avisó al centinela de esta, que se aproximaba el enemigo, un perro que *jamas ladraba*: dió voces y fuego, y en el pronto ocurrieron á sostenerlo cinco hombres, y muy luego cincuenta que resguardaban el punto de Cópore. Acudió tambien la compañía del capitan Carmonal, y la de Sultepec marchó al punto de las *Pilas* porque allí habia unas veredas, y entrambos cuerpos sostuvieron la defensa conteniendo el avance brusco de los enemigos que llegaron á tocar una cerca de piedra que formaba la trinchera en aquel punto; pero de él rodaban mas que de trote. Despues de tres cuartos de hora, y ya con alguna luz trataron de retirarse, aprovechándose de este momento el capitan Gonzalez, que oficiosamente se salió de la trinchera, pero le costó caro, pues muy luego murió: el campo sostuvo el fuego hasta poner á Iturbide fuera de tiro de cañon, que hizo alto, tocó llamada, y volvió á avanzar; pero no hasta donde llegó la primera vez: su objeto fué recoger los heridos. Los americanos con la mayor luz dirigieron entonces sus fuegos con certeza, y este nuevo ataque duraria tres cuartos de hora.

Retiráronse, por fin, dejando muchos muertos y heridos ocultos en las peñas y breñales, á quienes se les pasó por las armas. En el Plan del Rio se tocó segunda vez llamada: allí se presentó Iturbide, que andaba desvandado en un caballo bayo blanco, y cuyas einchas se puso á apretar. En vano le habian seguido algunas partidas de tiradores, que ni pudieron herirlo ni pillarlo, gloria que reservaba el cielo á D. Felipe de la Garza para despues de nueve años de guerra, que aun le faltaba que hacernos. La música de la plaza, las dianas y los repiques de las campanitas de los baluartes, y una gran bandera que flotaba en uno de ellos, acabaron de acobardar á los españoles. La guarnicion comenzó á hacer parcialmente sus salidas para recoger armas y botin, y la dispersion del enemigo fué tal, que al dia siguiente aun no acababa de reunirse. Finalmente, se recabó la victoria por haberse sacado en oportuno tiempo un cañon del cuarto baluarte, cuyos tiros se emplearon. No es posible fijar la pérdida de Iturbide, pero sí puede asegurarse que pasó de cuatrocientos hombres, segun lo indicaba el número de hosamentas que despues se recogieron, á las que hicieron funerales: la gente enemiga peleó con despecho, lo mismo que sus oficiales, entre los que se distinguieron, Filisola y Obregon (D. Pablo) que salieron heridos. Si hubieran pillado á este, seguramente habria muerto fusilado; era un oficial perdonado en la batalla de Zitácuaro por Rayon, y juramentado de no volver á tomar las armas contra la causa de su patria. Pasaron de noventa las camillas de heridos que se condujeron al campo de Llano. Este lo alzó en la noche de aquel dia, ó sea en la madrugada del siguiente con el mayor silencio, partiendo del pueblo de Jungapéo. Este general representó en esta vez el mismo papel que D. Quijote de la Mancha cuando lo aparearon los criados de los mercaderes toledanos, pues tirado en el suelo braveaba, como lo hizo el caballero de los Espejos en las playas de Barcelona; bien lo manifiesta la proclama que dejó en dicho pueblo de Jungapéo, que tengo original á la vista, y corre en el núm. 17 del espediente *sitio de Cópore*. Dice así:

„Soldados *invencibles* del ejército del Norte! En la madrugada de este dia habeis conseguido sobre vuestras glorias satis

facer á Dios, al rey y á la patria de la constante decision con que defendeis vuestros sagrados deberes, arrostrándoos por el mas activo fuego hasta tocar con las manos y desengañároos por vuestros ojos de la imposibilidad en que un enemigo *cobarde** unió el arte á la naturaleza para que vosotros no les impusiéseis el castigo á que son tan acreedores por su contumaz rebeldía, como lo habeis hecho en todas ocasiones, y hareis en lo sucesivo con tanto mas denuedo, cuanto al que incita el justo recobro de la sangre preciosa que habeis visto verter en unos cuantos compañeros amados, † y dignos oficiales, á quienes habeis rendido la mas estrecha obediencia.

Para colmároos de esta satisfaccion, tomaré todas las disposiciones mas conducentes, adoptando por ahora la de dejar á estos infames en un punto que ellos mismos abandonarán, en el entre tanto os recuperais de las meritorias tareas con que os habeis hecho dignos de la mejor consideracion y recompensa, para despues estrecharlos con el desprecio de sus fortificaciones á batirlos, donde cuerpo á cuerpo, multipliquen el convencimiento de vuestro valor y disciplina militar. Campo al frente de Cópore 4 de marzo de 1815.—*Ciriaco del Llano.*”

Tal fué la última prenda de su estupidez que dejó Llano á sus enemigos, que en su concepto equivalió á arrojar el guante caballeresco de desafio para una campaña raza.

El sitio de Cópore habia llamado la atencion de toda la América, y en México se esperaba con impaciencia su resultado: el de un partido para dar por terminada la revolucion, y el del otro para fundar las mayores esperanzas en la victoria de que debia ser consecuencia nuestra independencia suspirada. Habíanse hecho

* Estos generales españoles tienen su criterio peculiar para calificar los hechos de la guerra de un modo contrario al recibido por todo el mundo militar. Así es que Venegas calificó la sorpresa de Morelos á París, de *infame alevosía*. ¡Por gazonadas nada les queda!

† A quien le duele le duele; no eran pocos, pero nada significaban en el concepto de los españoles que decian por proverbio.... Todo es ganancia, pues el caso era arrazar con nuestra casta. Rayon tuvo un indio perni-quebrado y el capitán Gonzalez, y un artillero muertos.

grandes aprestos, y consumídose muchas sumas de dinero. El campo español figuraba una ciudad repentina y mágicamente levantada en aquellos bosques, guarida de lobos y alimañas en otro tiempo; nada faltaba allí, ni de lujo ni de necesidad; fondas, botillerías, cafés, de todo habia, y todo contribuía á imponer á unos hombres que apenas tenian lo preciso para vivir, y vegetaban en la estrechez. Un amigo mio, testigo presencial de estas escenas, me ha dicho francamente: „Mi espíritu recibió profundas impresiones cuando vió por primera vez aquel aparato bélico. Yo cotejé rápida é involuntariamente su número, su abundancia y su prestigio con nuestra escasez, nuestras desdichas pasadas, y la abyeccion en que viviamos, no de otro modo que un niño contempla su pequeñez al lado de un granadero de primera talla. Mi corazon fluctuaba entre temores y esperanzas: este *¿qué será de mí?* que en tales circunstancias se hace oír sin intermision en el fondo del alma me atormentaba, sin permitirme un punto de reposo. . . . Mayor fué con mucho la sensacion que sentí pasados los *sesenta y dos* dias de sitio y de peligros. Entonces recorria con la memoria aquellos lugares donde como humo habia desaparecido una poblacion numerosa, y una lucida concurrencia de soldados, vivanderos y paisanos, su bullicio, y el alternado éco del parche, de la música y del cañon: solo veia allí cadáveres, y en torno y espirales de ellos enjambres de auras, de zopilotes y animales de rapiña, cebándose con sus restos inmundos: veia la sangre en grumos, ó derramada en regueros por todas direcciones: oía los tristes quejidos de uno ú otro herido, subtraido del cuidado ó clemencia de sus compañeros que pedia á sus enemigos desvandados una poca de agua, ó á la muerte por favor que acabara de cortar el hilo de sus dias. El soldado ávido, y enorgullecido con su triunfo, todo lo recorria para engrosar su botin; unas veces se encaraba ácia el que le pedia favor, diciéndole. . . . ¡eh! tú mereces la suerte que te cupo, pues me querias hacer esclavo!. . . . otras se detenia atónito observando con la curiosidad de un tigre este ú el otro esqueleto en actitud tan espantosa cuanto desusada; tal fué el de un hombre montado sobre el tronco de un árbol: parecióme ser un dragon á ca-

ballo: su descarnada calavera presentaba las hoquedades de sus ojos: el calor había restirado la piel de la cara y de la frente, y erizados sus cabellos y levantados en alto figuraban un morrion; acerqueme junto á él, y me retiré sobrecogido. El silencio profundo de aquel campo parecido al de Babilonia, según lo describe un profeta, era alterado por el susurro de las aguas del río: mi asco y pavor lo aumentaba una hedentina insufrible, y aquellos turbillones de moscas, cuya pestilencia agudísima penetraba hasta el galillo, no me dejaba llegar el alimento á la boca sin nauces y congojas. Zumbaba aun en mis oídos el horrízono estruendo de un cañoneo, sostenido á par que el fuego graneado de la fusilería, y me parecía ver por todas partes aquel fogonazo que muchas veces creí fuera el último que divisara en mi vida, y á que le seguía la detonacion del rayo, ¡ay! decía sin cesar... que estragos tan funestos ha producido en este suelo de paz el azote terrible de una guerra civil!... ¿Y aun hay quien la turbe con proyectos ambiciosos? ¡Ojalá y que esta fuera la escuela adonde viniesen esos monstruos á meditar sobre el resultado de sus atrevidas hipótesis!... esos anarquistas, esos hombres que á fuer de liberales son unos criminales desorganizados de los principios más sencillos y reconocidos por sacrosantos en toda humana sociedad! Cuando todo esto registré en el campo, bajé á Jungapéo para cerciorarme por vista de ojos de que habían desaparecido las huestes de asesinos, causa única de tamaños estragos. Allí leí en las paredes de las casas escritas con carbon y de mala mano algunas palabras con que los vencidos felicitaban á los americanos vencedores por su triunfo, y en que mostraban los sentimientos puros de su corazón, ¡ah! (dije) no podeis negar, hermanos míos, aun en este estado deplorable, y en medio de nuestros comunes opresores, que amais la causa de nuestra libertad y os violentais cuando peleais contra ella. ¡Plegue al cielo dárosela algún día para que sin temor repítais el primer voto, que saliendo del corazón del inmortal Hidalgo en el pueblo de Dolores, resonó por toda la vasta estension de este continente!... Sí, el cielo pio oyó mis ruegos: vino un día feliz en que todos con maravillosa uniformidad proclamasen nuestros

principios, reconociesen su justicia, y pelearsen á la vez... ¡parece que me engaño al decirlo! de aquel mismo *Iturbide* que entonces hecho adalid de nuestros enemigos los trajo á este mismo lugar, los engañó, los sedujo, y los arrastró á muerte cierta sobre nuestras trincheras en defensa de la tiranía. ¡Cambio poco comun, y que aunque testigo de él apenas puede concebirse!

El general Llano dirigió al virey Calleja despues del ataque desgraciado de Cópore el oficio siguiente. *sup. oficio de este ejército*
 Exmo. Sr.—En vista del resultado del ataque al enemigo, por la izquierda de su fortificacion, como único que persuada algun acceso, y viendo el honroso deseo con que las valientes tropas que tengo el honor de mandar, posponian el sacrificio de su vida por restaurar la sangre de sus compañeros, reuní en mi tienda á todos los gefes para que en vista de todo lo operado hasta el día, y calculando el fruto que resultaria á la patria de sujetar la rebeldia con la toma de un cerro, que si unido el arte á la naturaleza lo hace inespugnable, su *locacion* * es del mayor desprecio † como que el gobierno no le *obstruye* en manera alguna para sus sábias disposiciones, me espusiesen su sentir, estendiéndose en él á proponer los medios que juzgasen más conducentes á las miras de castigar al enemigo, evitando el sacrificio de la fidelidad y vasallage de tan beneméritos soldados.

En efecto, cada uno de por sí manifestó el más vehemente dolor de dejar al enemigo garante en su puesto; pero convencidos ellos mismos de ser indudable el sacrificio de la tropa, muy remoto el asalto á la fortaleza, y de ningún modo el optarlo; unánimes, fueron de sentir que era preferente á todo, dejarlos en su sitio, y que reponiéndose la tropa de la incesante tarea que ha sufrido, se volviese sobre los pueblos y haciendas que lo circundan para reducir á aquellos á los ocupados por las tropas del rey, *talar* éstas en sus sementeras, como manantiales de su recurso; repitiéndose esta última operacion cada vez que se hallen en planta, para no experimentar dolorosamente que unas fincas que no poseen sus legítimos dueños, y al real erario lo privan de sus de-

* Debía decir localidad: el hombre no sabía su idioma. Vaya un parte disparatado!

† No las quiero comer (dijo la zorra) no están maduras. *Con presencia*

bidos derechos, sirvan para que un enemigo rebelde sostenga una lid tan escandalosa como la que se experimenta; lo que sin duda alguna es de conseguir, destinando de quinientos á seiscientos hombres, á que en continuos movimientos no dejasen hacer pié á los malvados, y con lo que se estrecharia á que presentasen el curso de sus depravaciones.

Sobre tan sólidas razones, se tuvieron presentes las escaseces de este ejército, que consisten en la falta de socorros desde último de enero, sin otro auxilio que cuatro mil pesos de cinco que pudo remitirme el Sr. comandante militar de Querétaro, por haber quedado para el mismo efecto los un mil restantes, en el cuartel general de Acámbaro, con solo las municiones que demuestra el estado que acompaña al oficio de remision del teniente coronel D. Hermenegildo Gordoncillo, en el que incluyendo copia del que lo motivó, dirijo original á V. E.: sin tabacos, sin mas miniestras hasta el dia de la fecha, sin manteca alguna, y con solo galleta y sal hasta el dia 8 inmediato: los forrages tan aniquilados, que en cualquiera corta estancia que siguiese aquí la caballería se pondria en el peor estado; no pudiendo contar para el remedio de uno y otro con los inmediatos pueblos de Tuxpam, Tagimaroa, Irimbo, Aganguéo, Zitácuaro, Maravatio, ni cuartel general; pues la adhesion de los mas de éstos al inicuo partido, hace que ellos por sí estén exhaustos, y proporcionen igual indigencia á los demas, la que reina generalmente en el todo de la provincia; de manera que aun cuando se quisiera adoptar un riguroso sitio para castigar completamente á los encerrados en Cópore, no se podria contar nunca con el pais para los *abastecimientos* indispensables al número de tropas que lo deberian formar, pues de éstas son de necesidad para el caso, de dos mil quinientos á tres mil infantes, y la respectiva caballería, para del todo formar una division que esclusivamente estuviese conduciendo los víveres y forrages, por la imposibilidad de reunir éstos, ni las mulas necesarias á ello; y que aun cuando éstas se facilitasen, serian nocivas por el consumo de pasturas que debia causar su aumento.

Con presencia de todo lo espuesto, y teniendo muy á la mira

las repetidas superiores órdenes de V. E., en que me encarga la mejor conservacion y estado de las tropas; para remediar en parte estos males, resolví emprender mi marcha para Maravatio, la que ejecuto el dia de mañana, para aguardar en él las sábias resoluciones de V. E. que, como siempre, serán las mas acertadas; esperando que todo lo dispuesto merezca su superior aprobacion. Dios &c. Campo al frente de Cópore 5 de Marzo de 1815.—Exmo. Sr.—*Ciriaco del Llano.*”

Este oficio, tal y *tan desatinado* como se ha visto, se respondió con el siguiente.

Reservado. No he podido ver sin mucho sentimiento † el resultado del ataque que dispuso V. S. la mañana del 4 del corriente contra el cerro de Cópore; pues si él no ofrecia probabilidad racional de buen éxito, mediante los reconocimientos practicados, seguridad que se tuviese del acceso de la tropa y ventajoso efecto de nuestras baterías en términos que pudiesen hacer cesar los fuegos del enemigo en algun punto para que penetrasen por él los destinados al asalto, no debió emprenderse ni esponer á las armas del rey al descrédito que han sufrido en esta ocasion, marchitando los laureles que ha sabido coger ese ejército en jornadas mas importantes, y dando lugar á la exaltacion y consecuencias que en el actual estado de este pais producen semejantes sucesos.

De los partés de V. S., deduzco que no se tomaron todas aquellas medidas que enseña el arte de la guerra * y que deben usarse en estos casos: que el camino cubierto se practicó mal, y por parage que quedaba espuesto á todos los fuegos de frente y flancos: que no se allanó por la artillería ningun punto de la fortificacion enemiga por donde pudiera despues penetrar la tropa: que sin conocimiento del terreno se arrojaron esos valientes soldados al asalto, aun sin llevar escalas para verificarlo, y sin que se

† Lo creo como de fé católica: no veria así S. E. la derrota de Morelos por Llano en Valladolid y Puruarán, á buen seguro.

* ¿Y cuáles fueron las que este censor tomó en Cuautla, pueblo abierto, y que él llamaba fortaleza de carrizos para tomarlo? ¿Qué disposicion de la suya merece que se le llame militar?

adviertan los efectos del ataque que por el frente de la posición enemiga pensó figurarse, y que según las circunstancias podía convertirse en verdadero abrigo de la artillería; de modo, que en todo reconozco la precipitación y falta de conocimientos con que se ha procedido, no obstante que hubo sobrado tiempo en esta expedición y la anterior para cerciorarse de la situación del enemigo, y de las dificultades que ofrecía el asalto.

Pero nada ha sido tan perjudicial como la resolución de retirarse dejando á los rebeldes ufanos y gozosos de haber rechazado con *no poca pérdida* á las tropas del rey, bajo el equivocado concepto de que el punto que ocupan es despreciable por su localidad; como si hubiese alguno por remoto y por inútil que parezca donde se sitúan los enemigos, que no sea importante y forzoso arrojarlos de él, para que no aumenten su opinión y orgullo, y lo contaminen otras provincias, ensanchando sus esperanzas y proyectos devastadores de que sobran ejemplares en esta revolución siempre que se les ha dejado subsistir por algún tiempo en cualquier punto fortificado.

En ningún caso, pues, debió V. S. disponer su retirada aunque fuese la opinión unánime de todos los gefes del ejército, que no cubre la responsabilidad de V. S. situado al frente de Cópore, como debió ejecutarlo después del malogrado intento; y convirtiéndolo en sitio lo que aun no estaba en sazón de ser asalto, habría V. S. logrado rectificar sus conocimientos del terreno, cerrar todas las comunicaciones del enemigo, impedirle toda clase de abastamientos; no habría V. S. perdido las ventajas que le ofrecía el consumo de víveres y municiones que había tenido, y que por declaraciones de varios prisioneros constaba á V. S. que eran escasas, y los resultados habrían sido consiguientemente felices aunque más tardíos; sin que la falta de municiones, víveres y dinero que V. S. espresa pueda servir de disculpa; porque siendo dueño del campo con su numerosa y aguerrida caballería, y habiendo sido dispersada en varios reencuentros la poca del enemigo, nada le impedía á V. S. el proveerse de lo que necesitase repitiendo las expediciones á Maravatío, á Acámbaro á Querétaro, y aun hasta Toluca, de donde se habría surtido á V. S.; ade-

mas de que abundando los pueblos y haciendas inmediatas de carne, maíz y forrage, nunca estuvo V. S. en la absoluta necesidad de tomar una resolución tan inesperada, que puede producir consecuencias muy fatales, dimanadas de no haber V. S. en tiempo oportuno disipado la reunión que empezó á formarse en Cópore casi á su vista, y con fuerzas sobradas para destruirla.

La franqueza con que debe hablar á V. S. un general que se interesa justamente en sus aciertos, y sobre todo en la opinión de las tropas, y en la conservación de un país de que es responsable, me obliga á hacerle estas advertencias; bien persuadido no obstante, de que V. S. ha puesto de su parte todo lo que cabe en su recta intención, honor y celo, de que estoy satisfecho; pero pues que ya el mal no tiene remedio, habiéndose V. S. trasladado á Maravatío, adopto por ahora el segundo extremo en la proposición de V. S., nombrando al teniente coronel D. Matias Aguirre para que con una sección de quinientos á seiscientos hombres de todas armas, espedicione incesantemente por las inmediaciones de Cópore, con el objeto de impedir á los rebeldes que se provean de víveres y quitarles todos los recursos, *talando, quemando, y destruyendo los parages de donde pueden sacarlos**, sorprendiendo sus comboyes y cuerpos exteriores, y manteniéndose á la vista mientras ocupen su posición para aprovechar cualquiera oportunidad que se le presente de apoderarse de ella.

Con el propio objeto, y resto de fuerzas, que no sean absolutamente necesarias en Maravatío y Acámbaro, convendrá que V. S. ó el gefe que destine al intento, espedicione igualmente por temporadas, de concierto con Aguirre, permanciendo el cuartel general en Maravatío para auxiliar á las divisiones volantes, y mantener la comunicación con Valladolid, el Bajío, Querétaro, y Toluca.

El teniente coronel Concha regresará desde luego á Ixtlahuaca para cubrir aquel punto y el de Toluca, obrar por su derecha en combinación con las fuerzas de Tula, y por su izquierda y frente

* En Constantinopla apenas dictaría el Diván una orden semejante. He aquí al bárbaro en su punto de vista... y luego se dice que el odio al gobierno español guía nuestra pluma!

con las de V. S. y del teniente coronel Aguirre, según lo proporcionen los casos; y como estas medidas son puramente interinas, y entre tanto prepara el gobierno todo lo conducente para llevar al cabo la destruccion de Cópoco, si antes no lo abandonan los enemigos; cuidará V. S. de poner la artillería á cubierto, y de que se mantengan y conserven sus trenes, municiones y demas del servicio de ella en el mejor estado, disponiendo sin pérdida de tiempo que se repare todo lo maltratado, bien sea en el cuartel general, en Valladolid ó Querétaro.

Una vez resuelta la retirada del ejército á Maravatío, está bien que el Sr. coronel D. Agustín de Iturbide se trasladase con sus fuerzas á la provincia de Guanajuato para adelantar lo que fuese dable, mientras se dispone lo necesario al nuevo ataque ó expedicion, que dejando castigada la obstinacion de los facciosos, vengue también la sangre de los valientes que han perecido ahora * defendiendo con *incomparable* bizzaria los derechos del soberano y de la patria.

Remítame V. S. un estado general por cuerpos, de toda la fuerza de ese ejército, y destinos en qué se halle.

Dios, &c. México 12 de marzo de 1815.—Sr. D. Ciriaco del Llano.

* Este tirano siempre habla de sangre, de muertes y de venganzas: su negra alma se conoce en su aspecto libido, y en aquel ojo turbio y de tigre que bufa y se eriza.



CARTA CUARTA.

RELACION DE LOS TRABAJOS PADECIDOS EN LA PEREGRINACION DEL CONGRESO.

QUERIDO amigo.—Hemos dicho que emigrada esta corporacion de Tlacotepec por la persecucion de Armijo, se retiró ácia lo mas interior y molesto de la provincia de Michoacán, dirigiéndose por la costa del Sur. Tiempo es ya de que le sigamos en su lamentable peregrinacion, que quisiera yo que siempre se tuviera presente por los que se hallan espuestos á sufrir semejantes desgracias.

El general Morelos, semejante á Bolívar en la rectitud de sus intenciones, nunca perdió de vista la organizacion de este cuerpo salvador, ni la formacion de un decreto, que aunque provisional, pudiera fijar su suerte. Por tanto, en medio de los mayores peligros y congojas que le rodeaban, se dedicó á protegerlo, creando por sí, y trabajando menos como un general que como un ganapan, dia y noche en crear una fuerza que lo apoyase. De esto dió pruebas inequívocas en el campo de Atijo, construido con